

La mediación internacional en la guerra civil española*

La primera propuesta de mediación internacional en la guerra civil, de la que hoy tenemos conocimiento, surgió del Ministerio de Asuntos Exteriores de Uruguay, al mes de iniciada la contienda fratricida.

Los gobiernos de Chile, Cuba y Perú, aceptaron la propuesta con reservas. Los gobiernos de Argentina, Brasil, Méjico, Panamá y Estados Unidos, consideraron el momento inoportuno para la mediación o la mediación misma. Costa Rica no respondió, y las demás repúblicas estuvieron de acuerdo con la propuesta. A pesar de esta situación, se cursaron instrucciones al ministro uruguayo en Washington para que discutiese la propuesta semioficialmente con los miembros de la Unión panamericana.

Tras este intento de mediación fallido, el 28 de octubre, el presidente de la República, Manuel Azaña, escribió al embajador de España en el Reino Unido, Pablo de Azcárate, para indicarle que Bosh Gimpera, portador de la carta, le hablaría de algunos asuntos importantes de su parte. Según narra Pablo de Azcárate, Bosh Gimpera explicó que Azaña consideraba imposible el triunfo militar de la República, que la situación militar era muy peligrosa, y que era indispensable conseguir urgentemente que el gobierno británico tomara la iniciativa en una mediación para acabar con la guerra civil.

Esta propuesta, hecha sin conocimiento del Gobierno, no tuvo una plasma-ción concreta hasta principios de diciembre, una vez fracasados los intentos de conquista de Madrid por el general Franco. En el bando republicano, el incremento de los refuerzos que se recibían hacía prever que el resultado de la guerra no estaba al alcance de la mano de ninguno de los bandos.

El gobierno británico, por boca del secretario del Foreign Office, Anthony Eden, anunció en la Cámara de los Comunes, el 1 de diciembre, que «si la oca-

*Para una versión más amplia y con pleno aparato crítico, véase Antonio Marquina Barrio *Planes internacionales de mediación durante la guerra civil*. Revista de Estudios Internacionales Vol. 5, n° 3 de 1984.

sión de conciliación se presentaba, y nosotros juzgábamos el momento oportuno para realizar una tentativa al efecto, la haremos, cualquiera que fuese su resultado».

El 2 de diciembre, el embajador francés en Londres, Mr. Corbin, entregó a Sir Robert Vansittart un memorándum donde se exponían las conclusiones que, conjuntamente, cabía sostener por ambos gobiernos de cara a una finalización del conflicto.

El Gabinete británico, reunido ese mismo día, tuvo conocimiento de la iniciativa francesa. El plan propuesto consistía en un acercamiento a los gobiernos de Alemania, Italia, Rusia y Portugal, de cara a una mediación si se presentaba un momento favorable. Mr. Edén creía que había que buscar la cooperación de los Estados Unidos, y aunque no tenía muchas esperanzas en el éxito de la operación, dado que la guerra no iba bien para el general Franco, Alemania e Italia podrían ver con agrado la finalización del conflicto. Aún en el caso de que la intervención no tuviese éxito, produciría una atmósfera de más tranquilidad, dejando en las partes contendientes la esperanza de una posible intervención posterior. Mr. Edén indicó también que el gobierno francés esperaba que la iniciativa tuviera lugar antes de la reunión de la Sociedad de Naciones en Ginebra, para que pudiese recomendar las negociaciones.

El Gabinete decidió apoyar la propuesta francesa.

Por la tarde, se discutió el memorándum francés en una reunión con el Secretario de Estado del Foreign Office, de donde salió un borrador de instrucciones para las embajadas de Washington, Berlín, Roma, Moscú y Lisboa. Tan pronto como el gobierno francés diese su visto bueno, serían cursadas las instrucciones.

El día 3, el gobierno francés expresó su conformidad. Existió algún intercambio de pareceres con respecto a la redacción del punto referente al plebiscito nacional, que Francia consideraba indispensable incluir, pero el acuerdo fue completo en los otros puntos.

Las instrucciones cursadas se centraban en las siguientes ideas:

1.- La participación de las diversas potencias en el Comité de no intervención implicaba su intención de subordinar cualquier consideración política al interés supremo del mantenimiento de la paz.

2.- Renuncia por las seis potencias a cualquier acción que pudiera conducir a una intervención extranjera en el conflicto.

3.- Establecimiento de un control efectivo sobre el material de guerra en el Comité de no-intervención.

4.- Alivio de las condiciones lamentables existentes en España.

5.- Invitación, a los gobiernos interesados, a poner fin al conflicto por medio de una mediación, con el objeto de permitir a la nación española que expresase unitariamente su deseo nacional. Si esta propuesta era aceptada en principio, los seis gobiernos considerarían el modo de llevar a cabo su acción mediadora en ulteriores consultas.

El ministro francés de Asuntos Exteriores, Delbos, envió posteriormente un

mensaje al Dr. Saavedra Lamas, Presidente del Congreso panamericano que se celebraba en Buenos Aires, con la finalidad de conseguir una declaración favorable de los países representados.

Las respuestas de los diversos gobiernos se fueron produciendo en la primera quincena del mes de diciembre. Precisamente, Anthony Edén, tenía que responder a una interpelación parlamentaria de Mr. Garro Jones al respecto, dado que para entonces ya se había hecho pública la propuesta franco-británica.

El secretario de Estado del Foreign Office respondió cumplidamente al parlamentario británico. La Unión Soviética -dijo- había apoyado la propuesta de mediación. Alemania e Italia habían indicado que estaban dispuestos a examinar las propuestas que otros gobiernos formularan y a participar en su realización, aunque expresando sus dudas sobre el éxito de la mediación. Portugal, por su parte, había resaltado algunas dificultades previsibles, pero recalcando que, si ambos bandos deseaban una mediación, estarían dispuestos a estudiar la manera de llevarla a cabo.

Las respuestas, naturalmente, fueron más detalladas.

En Londres, se procedió al estudio de las diversas informaciones recibidas. Como ya dejamos constancia, las respuestas aseguraban el acuerdo en principio con la idea de mediación, pero al mismo tiempo incluían una gran dosis de escepticismo, y una gran desconfianza con respecto a la sugerencia de unas elecciones en España. Era necesario explicar, por tanto, lo que se quería indicar en el punto referente a la expresión del deseo nacional.

Para el Foreign Office, existían dos posibilidades: negociar un cese general de hostilidades con la mira puesta en asegurar alguna forma de acuerdo entre las dos partes, para un arreglo permanente con unas elecciones generales, como sugería el gobierno francés, o bien intentar el arreglo por otros medios, como una división de España de acuerdo con el statu quo, tratando de explorar y conseguir un gobierno de centro, que gobernase con apoyo militar extranjero. Esta alternativa parecía difícil, ya que las respuestas dadas por los diversos gobiernos mostraban un claro rechazo a la sugerencia de elecciones.

Otra posibilidad, consistía en esforzarse por conseguir un armisticio por un periodo limitado en el sector de Madrid, con la finalidad de evacuar la población civil de la ciudad, tal como quería el bando nacionalista, dando tiempo a las partes para pensar algo. Esta proposición estaba en línea con las propuestas de Salvador de Madariaga, que sostenía que la mediación política debía seguir a la mediación humanitaria.

Se podía prever que, una vez obtenido el armisticio, podría ser extendido o repetido a otros sectores del frente, dando oportunidad posteriormente a propuestas generales de mediación, de modo peculiar si la intervención extranjera era controlada de forma efectiva mientras tanto, punto este crucial durante toda la guerra. Más aún si el armisticio comenzase en Navidades, lo que añadiría un valor sociológico adicional.

Pero el gobierno francés no tenía en perspectiva ningún paso ulterior a la propuesta misma de mediación, juzgando suficiente en un primer momento el

haber dado a la publicidad la existencia de un plan de mediación pues, a su juicio, no existían posibilidades de éxito.

Además, una cosa era lo que las potencias extranjeras pensasen y otra lo que las partes contendientes estuviesen dispuestas a realizar. Ya indicamos la iniciativa del Presidente Azaña a finales de octubre. Pero la prensa y la opinión mayoritaria republicana estaba en contra, y así lo manifestaron en Ginebra a la delegación británica en la Sociedad de Naciones tanto Pablo de Azcárate como Álvarez del Vayo. En su opinión era mejor no mencionar siquiera la palabra. En cuanto a la iniciativa humanitaria para evacuar la población de Madrid, Álvarez del Vayo se mostró favorable.

El Consejo de la Sociedad de Naciones, en su resolución sobre la guerra civil de 12 de diciembre, apoyó la propuesta mediadora franco-inglesa y una acción coordinada internacional de carácter humanitario, tan pronto como fuera posible, así como una no-intervención efectiva.

A su vez, el gobierno francés trató de conseguir el apoyo vaticano a la propuesta mediadora, y envió un mensaje al Papa. Pío XI respondió que ejercería su influencia diplomática, pero Delbos, Ministro de Asuntos Exteriores francés, siguió urgiendo una intervención papal, que consideraba que podría ser efectiva, y en este sentido se cursaron instrucciones al embajador francés ante la Santa Sede. El cardenal Pacelli mostró ciertas reservas sobre la posibilidad mediadora. El *Observatore Romano* reflejó en un editorial la actitud de la Santa Sede, presentando los tres objetivos de la propuesta: Iniciación de negociaciones para la prevención de la intervención extranjera, organización de un control efectivo y promoción de la mediación, como elementos separables, puesto que existían más posibilidades de éxito en llegar a un acuerdo parcial que a un acuerdo total. Este mismo periódico había hecho notar, además, que junto a una guerra civil estaba teniendo lugar una guerra contra la religión, idea ampliamente difundida en diversos ambientes por la tremenda persecución religiosa en la zona republicana. Mientras esta torpe política no se erradicase, el distanciamiento sería muy amplio entre las partes y las posibilidades de mediación muy reducidas, como veremos.

Mientras tanto, Edén había abierto otra vía de solución, dejando entrever a Diño Grandi que era posible llevar a efecto la mediación por las tres potencias mediterráneas, Italia, Francia e Inglaterra. Diño Grandi, tras consultar a Roma, indicó que su gobierno dudaba que pudiera llevarse a efecto la mediación sin el concurso alemán.

El embajador francés en Londres indicó posteriormente, el 17 de diciembre, a Anthony Edén, que esperaba entregar próximamente una propuesta para el siguiente paso de la actividad mediadora. Debían cambiar de método y conseguir que las demás naciones les apoyasen en su acercamiento a ambas partes del conflicto para lograr un acuerdo sobre ciertas propuestas humanitarias y, al mismo tiempo, hacer un rápido progreso en el asunto de la no-intervención, pues era fundamental para el arreglo, buscando un esquema adecuado.

Los efectos de la derrota en Guadalajara

El 2 de enero de 1937 se firmó un acuerdo anglo-italiano en donde no se hacía ninguna mención específica a España, pero se excluía cualquier modificación del *status quo* en el Mediterráneo. Mientras se firmaba el acuerdo, nuevos contingentes de tropas italianas empezaron a llegar a España. De poco servía que el 19 de enero un decreto francés prohibiese el paso de voluntarios a España. La mediación en estas circunstancias era inviable.

Pero la idea siguió viva.

El 23 de febrero el Ministro francés de Asuntos Exteriores, en un debate del Senado, afirmó que el control de las actividades extranjeras en España facilitaría la acción de mediación que habían iniciado los británicos. La mediación permitiría a los españoles expresar libremente sus deseos.

La respuesta del bando nacional a esta insinuación fue contundente. *El Diario Vasco* tituló su información «Una maniobra masónica».

Pablo de Azcárate lo consideró un error, y así lo volvió a decir en Londres y en París.

Posteriormente ocurrió una derrota de importancia, la derrota italiana en Guadalajara. Mussolini reforzó sus dudas sobre la utilidad de la permanencia italiana en España.

Winston Churchill, a mediados de abril, propuso un plan de mediación, indicando la necesidad de una intervención colectiva de las potencias presentes en el Comité de no-intervención y la formación de un gobierno de moderados. Edén, por su parte, juzgó que la situación internacional era más favorable y consideró también esta posibilidad. Era consciente de que ninguna de las partes consideraría buena la propuesta, pero pensaba que quizá la postura de las potencias no sería tan divergente y, por lo tanto, había que sondear a París, Berlín, Roma y Moscú sobre su disposición a apoyar al gobierno británico haciendo un llamamiento conjunto a ambas partes. Para ello, según parece, Francia e Inglaterra dieron su visto bueno a la Unión Soviética para que se llevase a cabo una purga de los anarquistas, que eran el principal obstáculo para la mediación y cualquier actividad humanitaria de tipo internacional, que hemos de repetir se consideraba como el primer paso antes de llevar a efecto proposiciones políticas. Algún funcionario del Foreign Office barajaba la hipótesis de que tras la aprobación del nuevo plan de control el 8 de marzo, si este funcionaba satisfactoriamente, las potencias se irían convirtiendo a la idea de la mediación. Pero esta hipótesis fue refutada. No existía evidencia de que las potencias quisieran salir de España, ni de que se diesen progresos en la no-intervención.

El 11 de mayo llegaba a Londres Besteiro con una propuesta secreta del Presidente Azaña para la suspensión de hostilidades.

Besteiro se entrevistó con Edén. El Secretario del Foreign Office fue de la opinión de que si se lograba una suspensión de hostilidades, estas no volverían a reanudarse. Edén decidió actuar y envió instrucciones a los representantes del Reino Unido para que sondeasen a los diversos gobiernos sobre la posibilidad

de asociarse a una iniciativa mediadora británica que indujese a las partes contendientes a un armisticio por un periodo suficiente de tiempo para que pudiera prepararse una retirada de voluntarios extranjeros.

Las respuestas fueron todas negativas.

Sin embargo, el Vaticano, sorprendentemente, accedió a intervenir en la operación.

Monseñor Pizzardo, que se trasladó a Londres para la coronación del rey Jorge VI, tuvo una entrevista con Edén el día 11 de mayo y, a una pregunta del Secretario de Estado del Foreign Office sobre cuál sería la actitud italiana con respecto a una sugerencia de las potencias para un armisticio, monseñor Pizzardo indicó que él no excluía una aceptación italiana, aunque añadió de un modo críptico que Mussolini podría tener un punto de vista y Ciano otro. A esta manifestación siguió una larga exposición de Edén sobre las relaciones Ítalo-británicas, que debió constituir el núcleo de la entrevista, si bien monseñor Pizzardo entregó un memorándum en el que se exponía un plan de ayuda para los sacerdotes perseguidos, aunque sólo para Cataluña, en línea con los solicitados por el cardenal Vidal i Barraquer.

No se sabe muy bien cuándo, si en otras entrevistas o a su paso por París, monseñor Pizzardo hizo suyo un documento que llevaba el título de *Leproble-me d'une mediation en Espagne*.

El documento estaba dividido en dos apartados, siendo una variante del documento de diciembre.

Los británicos entregaron sendas notas verbales en Roma y en Berlín, sondeando a estos gobiernos sobre las posibilidades de presionar para un armisticio.

Mientras tanto, monseñor Pizzardo se entrevistaba con el cardenal Goma. El cardenal Goma, tras un duro forcejeo, le mostró la inviabilidad del armisticio, al tratarse de dos bandos con concepciones diametralmente opuestas.

La operación era inteligente. La iniciativa había partido del Presidente de la República, había pasado al Reino Unido y Francia y se trataba de hacer aceptar a través del Vaticano por el bando que había hecho de la guerra una lucha religiosa. Pero el tropiezo fue bastante notable. El gobierno del general Franco, al conocer la iniciativa, no tuvo calificativos para con ella. La tirantez mantenida con el Vaticano a causa de la falta de reconocimiento y la ausencia de condena al PNV, que se había aliado con el Frente Popular, que estaba persiguiendo la religión, llegó a extremos bastante críticos. Monseñor Pizzardo vino a ser considerado como uno de los mayores enemigos de la causa nacional.

Alemania, por otra parte, no consideró viable el armisticio, e Italia, contra lo que podría parecer, consideró el movimiento contrario a sus intereses.

Sin embargo, había una parte de razón de considerable importancia para que la mediación no se llevase a cabo. El peso de los políticos moderados en la zona republicana no era muy grande y la normalización religiosa, como apuntamos, no se producía tampoco. Con todo, tras la pastoral colectiva y la misión informativa de monseñor Antoniutti a la zona nacional, se trató de conseguir

un relanzamiento de relaciones con el Vaticano a través de Francia. El Papa deseaba mediar en el conflicto. Según Delbos, las relaciones entre el Vaticano y Francia eran muy estrechas y habían avisado al Papa para que no interviniese, pues no era el momento oportuno. En cuanto las circunstancias fuesen propicias se lo diría al Nuncio en París para que el Papa hiciera un solemne llamamiento. Empero, la situación religiosa no mejoraría lo suficiente, y el Vaticano no tuvo la libertad de movimientos necesaria, como veremos.

Un nuevo intento tuvo lugar en el mes de octubre. El gobierno cubano aprobó una propuesta en la que se invitaba a los demás países americanos a unirse a una propuesta de mediación. La división de opiniones volvió a producirse entre los diversos gobiernos, y Estados Unidos volvió a dejar bien sentado que su gobierno, siguiendo su política de no-interferencia en los asuntos internos, no aceptaría la propuesta.

Mientras tanto se estaban produciendo contactos entre personalidades de ambos bandos pero sin llegar al nivel de negociaciones, ya que los jefes de gobierno de uno y otro bando eran opuestos a la idea.

A nivel internacional el Reino Unido buscaba ya un acercamiento a Italia, tratando de debilitar el Eje y conseguir que cobrase una cierta libertad de movimientos frente a Alemania. El conflicto español la tenía atenazada, y era Alemania la que estaba maniobrando en Centroeuropa.

Las iniciativas de 1938

Con el nuevo año, y tras el ataque victorioso republicano en Teruel, León Blum manifestó al embajador británico en París que el conflicto español terminaría en unas tablas, por lo que en su opinión el Reino Unido y Francia deberían estar dispuestos a ejercer una mediación antes de que viniese el buen tiempo. Ni Italia ni Alemania debían participar para que Rusia no entrase tampoco en juego.

El Foreign Office consideró oportuno tomar la iniciativa el 25 de enero. Para ello, y con la experiencia adquirida en anteriores ocasiones, se juzgó prudente evitar la inclusión de elementos controvertidos en la propuesta, tales como la futura forma de gobierno de España, limitándose a actuar como un canal de negociación entre ambos bandos.

Solamente en el caso de que el gobierno británico fuese invitado a hacer sugerencias, éstas se limitarían a los siguientes puntos:

- 1.- Los dos gobiernos mantendrían por un período indefinido la completa soberanía sobre la parte del territorio que ocupasen en el momento de cesar las operaciones, consolidando así cada parte sus posiciones políticas y administrativas.

- 2.- Se tomarían las medidas necesarias para que no tuviesen lugar preparativos para la reanudación de hostilidades.

- 3.- Existiría libertad de movimientos de la población entre ambas zonas, y habría un intercambio de prisioneros.

4.- Posteriormente, cuando las pasiones levantadas por la guerra hubiesen desaparecido, se iniciarían negociaciones para el restablecimiento de la unidad de España.

La iniciativa sería única y exclusiva del Reino Unido y sin previa consulta con otros gobiernos por razones de discreción y confianza. Ni Alemania, ni Italia ni Rusia podían participar, dados sus compromisos con los bandos contendientes y su interés en la continuación de la guerra. Francia había favorecido en ocasiones anteriores la celebración de un pleibiscito, elemento este perturbador en la mediación.

De nuevo el test para el desarrollo de la iniciativa vendría a través de la vía humanitaria. A finales de noviembre, el gobierno del general Franco había sugerido un intercambio de prisioneros y rehenes y la actuación del Reino Unido como mediador.

Esta posición recogía los puntos de vista de Salvador de Madariaga, expuestos a Anthony Edén el 31 de diciembre de 1937. No así las sugerencias de otros personajes y de los Comités para la paz civil.

Las respuestas de los representantes británicos en Hendaya, Barcelona y Salamanca no fueron alentadoras. Subrayaron que aunque el pueblo estaba cansado de la guerra, ninguno de los gobiernos parecía dispuesto a aceptar una mediación, ni existía una mínima confianza mutua. Parecía aceptarse que el Reino Unido tomase la iniciativa en exclusiva, aunque el representante en Salamanca, Mr. Hodgson, no lo aconsejaba; al contrario, creía que Alemania e Italia estaban cansados de la guerra y que para ellos no era tan interesante ya una victoria nacionalista, puesto que el peligro de un régimen comunista se estaba desvaneciendo. En cuanto a la iniciativa misma, el representante en Barcelona, Mr. Leche, creía que la participación sólo sería aceptada en caso de que las partes estuvieran exhaustas. El representante en Hendaya, Mr. Thompson, creía que era necesario hacer pública la iniciativa en la Cámara de los Comunes.

En esta situación, el Foreign Office creyó que era mejor esperar nuevos acontecimientos y seguir cop atención el cambio de actitud en Alemania e Italia, cambio que el Reino Unido quería forzar.

En Londres existían en estos momentos dos tendencias claramente definidas. Chamberlain estaba convencido de que era indispensable un acercamiento de Italia, y este acercamiento era más importante que una victoria republicana en España. Edén, por el contrario, creía que no era factible ningún acuerdo con Italia sin que previamente Mussolini diera pasos importantes en la retirada de la aventura española. Por ello, Edén presentó su dimisión tras la reunión del Gabinete, el 20 de febrero.

Mussolini por su parte estaba inquieto por los preparativos alemanes en Austria, y aceptó el relanzamiento de conversaciones con el Reino Unido sobre el Mediterráneo. El 8 de marzo se abrieron en Roma las negociaciones oficiales.

Por estas fechas se produjo la ofensiva nacionalista en Aragón. Giral, Ministro de Asuntos Exteriores republicano, tras una reunión del Consejo de Ministros del 15 de marzo, se entrevistó con el representante francés en Barcelona,

explicándole que salvo los dos ministros comunistas los demás habían considerado la situación desesperada y necesaria una mediación. El Presidente Azaña estaba de acuerdo.

El Ministro francés de Asuntos Exteriores, Paul Boncour, llamó al embajador británico y solicitó que el Reino Unido considerase de inmediato esta sugerencia, sobre todo si el Primer Ministro, que marchaba hacia Barcelona, lo sugería también.

El 25 de marzo el embajador británico en Francia desaconsejó la toma en consideración de la iniciativa mediadora. A su juicio, lo único factible era facilitar las negociaciones en caso de que cualquiera de las partes hiciese alguna proposición concreta.

La proposición no se produjo. Ese mismo día, Negrín indicó al embajador Labonne que no había posibilidad de mediación. El 6 de abril Negrín hacía una remodelación ministerial eliminando a los ministros más significados en la operación.

El 15 de abril las tropas nacionales llegaban a Vinaroz. La zona republicana era cortada en dos. Al día siguiente se firmaba el acuerdo anglo-italiano. El 22 de abril el conde Viola, embajador de Italia en Burgos, sugería a Mr. Hodgson que había llegado el momento en que podría tener éxito una mediación en España. En su opinión, sólo el Vaticano y el Reino Unido podrían llevarla a efecto. El Foreign Office vio con buenos ojos la idea, pero la línea de actuación no se separó de la programada en enero de 1938. Los nacionalistas debían indicar primero qué condiciones ponían, antes de intentar contactos con el gobierno republicano. Se informaba a Mr. Hodgson que, como Franco había suprimido el estatuto de autonomía catalán, los partidos catalanistas incitarían a luchar hasta el final tal como quería el gobierno de Negrín. En estas condiciones sólo la presión exterior podría conseguir algo si se estabilizaba la situación militar. Antes de tomar una decisión, el gobierno británico volvió a considerar la posibilidad de recabar el apoyo alemán e italiano.

El 17 de mayo se evaluó en el Foreign Office toda la información que se tenía sobre el asunto, y se llegó a la conclusión de que todavía no había llegado el momento de actuar. Barcelona y Burgos habían rechazado la mediación, salvo en condiciones inaceptables para la otra parte, y las conversaciones franco-italianas no iban por buen camino.

A partir de junio los contactos se centraron en Francia e Italia de modo definido, tratando de conseguir como siempre el apoyo de Italia. Por ello, el Reino Unido presionó al gobierno francés para que aceptase que en caso de que se preparase un armisticio, la frontera entre Francia y Cataluña quedase cerrada al paso de armas y municiones. El gobierno francés, a su vez, solicitó el apoyo británico para poder reanudar las conversaciones con Roma.

La respuesta francesa se hizo en un escrito de 14 de junio, indicando que era deseable que se alcanzase primero un acuerdo en el Comité de no-intervención con la retirada de voluntarios, controles terrestres y marítimos, y al mismo tiempo la aceptación del general Franco. Al final de la nota se daba la seguridad

que se había solicitado sobre el cierre de la frontera. Bonnet consideraba muy probable una aceptación del armisticio por parte republicana, y confidencialmente afirmó que a pesar de lo que creyese Mussolini, no trataba de favorecer a la zona republicana en contra de Franco, estando dispuesto a presionar sobre Barcelona.

El 15 de junio, el gabinete británico estudió las posibilidades de dar un impulso en el tema del arreglo del problema español, que a la vez permitiera poner en práctica el acuerdo anglo-italiano de 16 de abril. Halifax no consideró aceptable imponer una nueva precondition, la consecución de un acuerdo entre Francia e Italia. La solución debía venir con el cierre de la frontera y la presión de Mussolini sobre Franco para la consecución del armisticio, idea que compartía Bonnet. Una vez que la frontera estuviera cerrada, las conversaciones franco-italianas podían recomenzar.

El 17 se enviaban a Roma y París unas largas instrucciones. Por una parte se respondía a las objeciones francesas del memorándum del 14 de junio, y por otra se intentaba conseguir de Italia la entrada en vigor del acuerdo anglo-italiano mediante alguno de estos tres pasos:

- 1.- La ejecución del plan del Comité de no-intervención.

- 2.- Una retirada unilateral de efectivos italianos en España en suficiente cuantía.

- 3.-Un armisticio.

Esta última solución presentaba menos dificultades, sería apoyada por los nacionalistas vascos y catalanes y las personalidades moderadas de la España republicana. Batista i Roca, delegado en Londres de la Generalitat, había solicitado ya del Foreign Office la consecución de una paz de compromiso.

La respuesta italiana fue contundente. El conde Ciano indicó que el armisticio no se aceptaría. Franco lo rechazaba, y así lo había hecho saber recientemente. Mussolini, en esta situación, no presionaría. No se podían reconciliar dos ideologías diferentes. Estas ideas fueron repetidas el 2 de julio en un memorándum escrito por el propio Mussolini: «Sólo era admisible el armisticio con una rendición sin condiciones de los rojos». Italia, en este caso, actuaría como un poder moderador, tal como lo hizo tras la caída de Bilbao. Era impensable una conexión entre el acuerdo Ítalo-británico y el franco-italiano. Italia estaba dispuesta a esperar.

En el ínterin Batista i Roca y Lizaso, representante en Londres del PNV, enviaron sendos memorándums al Foreign Office. En ellos se subrayaba la necesidad de acabar la guerra. Para ello presionarían al gobierno republicano para que aceptase el plan del Comité de no-intervención y el armisticio. Luego vendrían una serie de pasos, que se detallaban, cuya finalidad era facilitar la formación de gobiernos autónomos en Cataluña y el País Vasco. Un memorándum similar recibió Daladier.

Dos días después, Lizaso y Batista i Roca entregaron nuevos memorándums casi idénticos, que coincidían con los puntos británicos sobre el armisticio, y volvían a incidir en lo que a su juicio debían constituir los pasos para conseguir

una paz definitiva y la estructura del Estado resultante, que ya dejaba entrever que podía ser confederal.

Nacionalistas vascos y catalanes de hecho presionaron sobre Barcelona, y consiguieron la aprobación por el Consejo de Ministros del plan del Comité de no-intervención, aunque con algunas observaciones, a pesar de la oposición de los ministros comunistas.

A su vez, la Unión Soviética quiso romper el juego a tres, indicando a través de su embajador en París que era en interés de Francia que la guerra de España continuase lo más posible. Para ello, aparte de su actividad obstruccionista en el Comité de no-intervención, estaban dispuestos a suministrar el material de guerra para que se matasen los soldados italianos en España sin gasto para Francia, mientras que Italia perdía dinero y hombres. La propuesta era tentadora, y Bonnet la hizo llegar al Foreign Office. Bonnet, sin embargo, estaba indignado por la actitud soviética y pensaba que la opinión pública de la izquierda en Francia debía empezar a conocer quién era el «villano de la película».

Alemania, por su parte, se mantenía al corriente de todos los movimientos, tratando de sabotear conjuntamente con Italia los planes británicos y posiblemente también alargar la guerra.

El 13 de julio el gabinete británico volvió a estudiar la posibilidad de hacer un llamamiento a ambas partes para que parasen la guerra por razones humanitarias, cristianas y pacíficas, sin llegar a ninguna conclusión. El descontento dentro de la zona nacional y la situación de la Falange parecían avalar también aquel procedimiento.

Varios días después, con motivo de cumplirse el aniversario del pronunciamiento, Azaña pronunció un discurso conciliador, refiriéndose al honor español y terminando con las palabras «piedad» y «perdón». En el mismo tono conciliador se expresaron personalidades vascas y catalanas. No así Franco y Ramón Serrano Súñer, cuyos discursos fueron inflexibles, no aceptando perdón ni reconciliación.

El 27 de julio se produjo la ofensiva republicana en el Ebro, que implicó un parón en seco de los planes militares nacionalistas y permitió varios meses de mayor sosiego. Internacionalmente, el problema de Checoslovaquia empezaba a llenarlo todo. En Barcelona se seguían con mucha atención los movimientos de mediación británicos. Cualquier medida que tuviera éxito en Checoslovaquia podría afectar a España. Negrín trató de relanzar sus relaciones con el Vaticano, pero sobre bases poco sólidas, pues según reconocía al embajador francés, «el restablecimiento del culto no ha sido estudiado de una manera seria por el gobierno». El Vaticano, que había intercambiado con el bando del general Franco, Nuncio y Embajador, respectivamente, no tenía el problema tan fácil en la zona nacional. El Nuncio Cicognani había recibido por escrito unas instrucciones para cooperar en la reconciliación de los españoles, asunto en el que Burgos no tenía la sensibilidad adecuada.

En estas circunstancias Azaña solicitó una entrevista secreta con el embajador británico en Barcelona. En ella expuso el cansancio del pueblo por la gue-

rra y la necesidad de la paz. Las negociaciones para la retirada de los voluntarios debían ser utilizadas por las potencias para llevar a cabo «una suspensión de armas», no un armisticio, con una amplia desmovilización y un intercambio de prisioneros. Italia, en su opinión, debía presionar a Franco, al ser su marioneta. Por su parte se comprometió a forzar la situación, incluso con la formación de un nuevo gobierno, si el actual no quería cooperar. Los comunistas habían adquirido una importancia desmesurada por el apoyo de Rusia, y no crearían más problemas de los que en su día creó la CNT cuando se les excluyó del gobierno, a pesar de los temores.

El Foreign Office acogió con cautela la propuesta y decidió esperar. Ni Franco ni Italia eran favorables a la mediación.

Pero en agosto tuvo lugar una crisis del gobierno republicano, que no hay que achacar a otros problemas que al de las ejecuciones y la continuación de las atrocidades, según manifestó uno de los interesados, Manuel de Irujo, al encargado de Negocios británico. La salida del Gobierno de Ayguadé y de Irujo supuso un mayor refuerzo de la izquierda. Según el representante británico, «los republicanos, catalanes y vascos estaban furiosos, y también el Presidente de la República». La solución, a su juicio, debía venir de la eliminación de los comunistas, ya que estaban dispuestos a morir o vencer, y una dictadura comunista bajo control e inspiración de Rusia sería tan desastrosa como la dictadura de Franco. Pero si el gobierno británico pudiese apoyar a Azaña, y los partidos y personalidades moderadas desembarazarse de Negrín, lo cual no era sencillo, la mediación seguiría sin poderse efectuar, ya que en el mes de septiembre parecía más difícil aún convencer a Franco, a pesar de la división interna, y a Italia, hasta que no viesen qué ocurría en Praga y en Berlín.

Sin embargo, Italia estaba preparando ya la retirada de diez mil voluntarios, medida que levantaría vivísimas sospechas en la zona nacional.

A su vez, el encargado de Negocios británico hizo observar que los líderes moderados republicanos estaban esperando el liderazgo del Reino Unido y, en caso de guerra en Europa, su benevolencia o una alianza con la zona republicana.

El gobierno de Franco informó a Londres y París que en esta eventualidad la España nacionalista se declararía neutral. El 26 de septiembre se informó a Berlín de esta decisión. Los gobernantes italianos, al conocer esta toma de posición, reaccionaron con indignación, y casi estuvieron a punto de retirarse del conflicto español.

La incidencia de la reunión cuatripartita de Munich

El día 28 de septiembre tuvo lugar el encuentro de Munich, entre los Jefes de Gobierno del Reino Unido, Francia, Italia y Alemania. El pacto que se fraguó supuso el fraccionamiento de Checoslovaquia, con la anexión de los Sude-tes a Alemania.

El 29, Chamberlain habló con Mussolini, quien manifestó estar harto de la

lentitud de la guerra. Chamberlain sugirió al Duce la posibilidad de que las cuatro potencias hiciesen un llamamiento para establecer un armisticio, asistiendo posteriormente a las partes para el arreglo de las diferencias. Mussolini afirmó que no temía ya el peligro comunista en España, que estaba dispuesto a retirar próximamente un buen número de italianos y que lo pensaría.

El día 30, Chamberlain contó a Hitler la entrevista del día anterior. Hitler subrayó que sólo había intervenido para evitar el peligro comunista, y que prestaría su atención al problema.

En los primeros días de octubre, en vista de las manifestaciones de Mussolini en Munich y las afirmaciones de Ciano al embajador Lord Perth, el día 3 de octubre, sobre la retirada de voluntarios, en el Foreign Office estaban convencidos de que Italia se estaba desinteresando definitivamente de la cuestión española.

Para solucionar este asunto se consideraban posibles dos vías de aproximación:

1.- La aceleración de la retirada de voluntarios de forma espontánea, o en los términos establecidos en el plan del Comité de no-intervención.

2.- Un armisticio que se produjese bajo la presión de las cuatro potencias representadas en Munich. Una vez que cesara la lucha, no volvería a comenzar.

El Foreign Office, a pesar de lo que hasta el momento se ha sostenido, era partidario de concentrarse en la primera solución. Parecía contarse con la buena disposición de Mussolini, del gobierno de la República, y con la presencia del Secretario del Comité de no-intervención, Mr. Hemming, en Burgos. La ayuda de Italia, apoyando la actuación de Mr. Hemming en Burgos, era esencial para la consecución de una de estas dos soluciones, así como para facilitar la tarea británica ante la opinión pública. Pero el Reino Unido no quiso volver a la antigua posición que ponía en conexión el armisticio con las condiciones bajo las cuales el acuerdo anglo-italiano podría entrar en vigor. Se llegó a la conclusión de que cualquier sugerencia a Mussolini sobre las líneas anteriores de mediación haría más mal que bien, y tal acercamiento mediador habría de diferenciarse hasta que entrase en vigor el acuerdo anglo-italiano.

Francia, por su parte, reconoció unilateralmente el 5 de octubre la conquista italiana de Etiopía, y procedió al nombramiento de un embajador en Roma. Inglaterra y Francia estaban dispuestas a permitir a Mussolini una mayor libertad de acción, pero el coste a la larga sería elevado.

En Barcelona, Munich había significado una profunda decepción. La prensa señaló que la España republicana no era Checoslovaquia, y que no se aceptaría su suerte. Se especulaba con que así como los Sudetes se habían entregado a los alemanes, la zona republicana se entregaría en holocausto al prestigio italiano, según el cálculo alemán para la puesta en práctica del pacto. Por ello, los deseos de paz se acrecentaron. Mr. Leche creía que si Franco se viese constreñido a dar su consentimiento a una mediación por una acción internacional, el gobierno republicano se vería a su vez forzado por la presión de la opinión pública.

En este sentido volvieron a girar las propuestas de los nacionalistas vascos y catalanes en Londres, solicitando una pacificación con la utilización del mismo procedimiento utilizado en Checoslovaquia: la autodeterminación.

Por parte eclesiástica, el cardenal Vidal i Barraquer, en contacto con estos partidos nacionalistas, quien venía proponiendo desde hacía tiempo una mediación, sin percibir quizá el subfondo político confederal de aquellas intenciones, escribió a Chamberlain y Mussolini felicitándoles por el éxito obtenido en la preservación de la paz e invitándoles a completar la operación con el arreglo de la cuestión española.

Estas cartas se hicieron llegar a la Secretaría de Estado y el Vaticano se avino a colaborar si fuera factible. Las diferencias entre los bandos contendientes eran cada vez menores y los contactos entre moderados de ambas zonas una realidad, si bien quedaba el problema espinoso de la configuración del Estado, dadas las posturas maximalistas e irreales de nacionalistas vascos y catalanes, que propugnaban una confederación.

El gobierno del general Franco, previendo lo que se podía venir encima y las reticencias que venía encontrando en Roma en el envío de nuevo material militar, presionó diplomáticamente en Londres, Roma y el Vaticano. No era posible un arreglo ni se aceptaría una mediación extranjera. Al mismo tiempo se llevó a cabo una violenta campaña de prensa en contra de la mediación, citando incluso las opiniones de ministros y eclesiásticos.

El 15 de octubre partían de Cádiz, vía Nápoles, diez mil voluntarios. El 24 de octubre el embajador italiano aseguraba al general Jordana que a pesar de las gestiones de Lord Perth en Roma, el gobierno italiano no influiría en la actitud del gobierno del general Franco. No tendrían lugar más retiradas de hombres y material, tanto italiano como alemán, ya que Mussolini se había puesto en contacto directamente con Hitler, y se evitaría cualquier maniobra del Comité de no-intervención, hasta el punto de retirar su adhesión al plan si fuese necesario.

El día 25 Mussolini daba seguridades al embajador nacional en Roma de que no habría mediación. En su opinión, Rusia estaba ya fuera de juego. Italia entregaría más ayuda en material de guerra, pues Franco debía ganar la guerra.

A mediados de noviembre entró en vigor el acuerdo anglo-italiano. La guerra estaba sentenciada.

El 21 de noviembre Halifax reconocía que había pocas esperanzas de llevar a efecto el plan del Comité de no-intervención. Esperaba que tras el relanzamiento de las conversaciones franco-británicas, se pudiera replantear el problema ante los italianos. Era de una ingenuidad conmovedora.

En el Vaticano el cardenal Pacelli se encontraba pesimista, dada la actitud de Mussolini y del general Franco.

Los nacionalistas vascos y catalanes presionaron de nuevo en Londres, y a través del cardenal Vidal en Roma. La zona republicana parecía perfectamente dispuesta a un arreglo. En el tema religioso por fin se había procedido el 9 de diciembre a una regulación jurídica del ejercicio del culto y la práctica de actividades religiosas con la creación del Comisariado General de Cultos.

El Nuncio Cicognani sondeó de nuevo al gobierno del general Franco sobre las posibilidades de una mediación, y el resultado fue negativo. Franco, tras concluir la batalla del Ebro, preparaba la ofensiva de Cataluña.

Londres, el 19 de diciembre, hizo un análisis de la situación, concluyendo que no había posibilidades de mediación hasta que Chamberlain no hablase con Mussolini en Roma.

Pero Francia, temiendo el peligro italiano al sur de los Pirineos, trató de conseguir la mediación. Los contactos con el Vaticano se intensificaron, tratando de obtener una tregua en Navidad o un solemne llamamiento pontificio para el cese del conflicto. Pío XI, en vista de la información recibida de Burgos, y posiblemente la actitud de Londres, no se decidió a forzar la mediación que de antemano se sabía no sería aceptada.

Francia tampoco tuvo éxito en la Conferencia Panamericana, que se celebraba por estas fechas en Lima. El Reino Unido se mostró pesimista sobre el éxito que tendría una apelación pública y solemne a ambos bandos para que cesasen en la lucha. Esta posición, así como las previsibles disensiones que induciría la inclusión de esta iniciativa en la Conferencia, hizo que las propuestas argentina y cubana se discutieran en el Comité de iniciativas, pero no se juzgase oportuno someterlas a debate.

El 23 de diciembre se inició la ofensiva de Cataluña. Las relaciones franco-italianas se volvieron muy tirantes ante la posibilidad de una intervención francesa, que no llegó a materializarse.

El 11 de enero de 1939, Chamberlain y una nutrida misión inglesa se acercaban a Roma. Llevaban estudiadas una serie de hipótesis sobre las que poder discutir con los italianos. Las hipótesis comprendían un amplio campo de sugerencias, que iban desde una solución de compromiso entre las fuerzas moderadas, hasta una serie de actuaciones y variantes del plan de julio del Comité de no-intervención.

Las conversaciones fueron totalmente infructuosas. Para Mussolini, una vez finalizada la ofensiva de Cataluña, el conflicto podía considerarse acabado.

Chamberlain trató también el tema español en su visita al Vaticano y la posibilidad de una mediación apoyada por la Santa Sede, sin resultados aparentes. Ese mismo día, Alexander Cadogan se entrevistó de improviso con el embajador de España en Roma, Sr. Conde, a quien, tras felicitarle por la ofensiva de Cataluña, le preguntó si no veía un medio mejor de acabar la guerra. La respuesta fue rotundamente negativa. Con esta misma rotundidad se había manifestado el general Franco en su carta a Mussolini tres días antes de la visita de Chamberlain, poniéndole en guardia sobre las posibles gestiones británicas en el tema español.

Tras los nulos resultados de esta entrevista, el asunto español quedó definitivamente sentenciado. La II República no merecía una guerra europea.

A. M.B.*

* Profesor titular de Relaciones Internacionales. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid.